

**HOMILÍA DEL SR. OBISPO DE ZÁRATE-CAMPANA
MONS. ALFREDO ESPÓSITO**

Mis queridos hermanos:

La temática de este Encuentro en este día, apunta a un tema muy relacionado con lo que es preocupación de toda la Iglesia de Dios en América Latina. En concreto, un tema centrado en la vocación del monje, la vocación monacal, la evangelización del Pueblo de Dios. Más en concreto se ha fijado en este punto: el monje como testigo de una nueva fraternidad virginal y el monje como profeta de la búsqueda y el encuentro con Dios. Realmente es un tema muy interesante, pero, repito, no es exclusivamente de la vocación monacal sino que, en cierta manera, pertenece a toda la Iglesia y preocupa a la Iglesia en América Latina. Y es que es así, mis queridos hermanos. Quienes, por la gracia de Dios, tendremos que asistir si Dios quiere a la reunión de Puebla, estamos muy penetrados de esta necesidad que tiene América Latina de esta dimensión de la cual Uds. son profetas y testigos. Cierta América Latina tiene una gran preocupación humana –y por qué no decir, divina– de promoción en el orden temporal; no puede el hombre realizar alguna de sus vocaciones fundamentales sin una base humana. Pero todos nos vamos dando cuenta con mayor claridad, a medida que pasa el tiempo, de que la verdadera hambre que tiene América Latina estriba precisamente en la necesidad de contacto con Dios y de una fraternidad que va más allá de los límites de razas, de países, de culturas, que en alguna parte de América Latina no existen. Yo diría que es quizás una vocación de América Latina el poder dar testimonio al resto de la cristiandad de esta dimensión profunda, precisamente porque América ha tenido que vivir una extrema pobreza en algunos de sus países. Precisamente en esto de la religiosidad popular, hay un testimonio de cómo América Latina ha aprendido a vivir en su pobreza, un signo de fiesta, de encuentro con la alegría perenne y profunda del Espíritu que excede todo sentido.

Yo diría que también la juventud va por este lado. Sobre todo en algunas partes en América Latina, se nota una especial tendencia –yo creo que producida por el Espíritu Santo– a destacar esta dimensión, iba a decir trascendente, de nuestra vocación cristiana. ¿Cómo cubrir entonces en la vida monacal esta necesidad profunda de América Latina? Quizás sea éste uno de los grandes temas de la reflexión monacal en todo el territorio de América. Yo creo que nos tenemos que desengañar, que no vamos a poder ser profetas del encuentro con Dios, ni testigos de una verdadera fraternidad virginal, si no nos metemos, si no nos introducimos, si no nos dejamos introducir por el Espíritu de Dios en una fuerte experiencia de nuestra pobreza espiritual. Creo que toda la Sagrada Escritura llama la atención sobre este tema. Es uno de los *leit-motivs*, yo diría, uno de los pilares fuertes de esta armonía general de la Escritura. No se puede llegar a ser profetas de un encuentro auténtico y cristiano con Dios, si primero no se admite que solos no podemos encontrar a Dios, que somos incrédulos. Ni se puede tampoco construir una verdadera fraternidad virginal si no se parte de una actitud de pobreza. Por algo están tan relacionados los consejos evangélicos de la pobreza y de la virginidad consagrada.

Precisamente las lecturas de hoy nos hablan de este tema: a Jesús alguien le propone ser juez en un litigio temporal, económico, y Jesús, sin reprobar el deseo de este señor, rechaza este oficio porque su misión no era precisamente esa. “¿Quién me ha hecho juez de estas cosas?” Más bien Jesús procura curar en profundidad el problema, no técnicamente sino espiritualmente, haciéndole ver a este hombre que ese deseo de justicia algunas veces está llevado por una ambición que no es precisamente la justicia de Dios. Y quiere curar esa enfermedad profunda de su corazón. Y le propone esta parábola, que acabamos de escuchar:

Un hombre tenía muchos graneros y cosechas y no sabía dónde meter esos bienes. Y dijo: “Vamos a hacer más espacio para mis bienes y después voy a decir a mi alma, descansa, come y bebe porque tienes comida para rato”. “¡Insensato! ¿No te das cuenta de que esta misma noche morirás?”.

Ese contraste, iba a decir, juega entre esas esperanzas fatuas y la vaciedad y vanidad de que habla el Eclesiastés: esa *vanitas vanitatum*. Y es necesario que el hombre se dé cuenta, al contacto con la muerte, de la provisionalidad, aun de las cosas más bellas hechas por Dios en la Tierra. No solamente aquellas cosas pecaminosas, pero aún los valores auténticos de la humanidad, como podrían ser la familia, la amistad, los bienes bien administrados, el sexo. Todo eso pasa: eso no puede hacer frente al tremendo telón de la muerte. Y es necesario tomar conciencia de esa provisionalidad de los bienes, incluso de los más bellos, para poder entrar en la verdadera sabiduría

San Pablo, en la Carta a los Efesios, en el segundo capítulo que hemos leído hoy, insiste en este tema también, que por cierto es un tema muy general: la gratuidad del don de la gracia (es una redundancia: si es gracia, ya es pues don de vida; si no es así, ya no sería gracia). Y san Pablo insiste muchas veces en que, como decía hoy, esto no viene de nosotros, esto no lo hemos construido nosotros con nuestras obras. Esta amistad con Dios, este encuentro con Dios y ese encuentro con el hermano en la dimensión auténtica que quiere Cristo establecer, no es un producto, ni de la economía, ni de la sociología, ni siquiera de la psicología humana. Ni jamás vamos a encontrar esta afinidad virginal de los demás a fuerza de meros encuentros y mesas redondas. Alguien decía que no se pueden hacer mesas redondas con “cuadrados”. Y yo creo que no se puede hacer tampoco una reunión virginal a base de personas que no viven su virginidad. Y esto no se puede vivir si primero no se acepta generosamente, libremente, con fe, que estamos muertos, como dice claramente san Pablo. Estábamos muertos a las relaciones con Dios. Estábamos más que muertos: estábamos en pecado, estábamos bajo el poder del príncipe de las tinieblas que sigue rigiendo a los rebeldes, dice san Pablo. Porque aquel que no acepta por la fe, por la esperanza y la caridad este nuevo Reino, no entra en esta profunda libertad del corazón, que es la que libera a los demás hombres.

Ahora bien, ¿cómo vivir esta santa pobreza? En paz. Yo creo que hay diferentes caminos, de acuerdo a las diferentes vocaciones en la Iglesia. Yo creo que todos, de una manera o de otra, para poder entrar en esto tienen que entrar en lo que llamamos ingreso en los dones del Espíritu Santo. A medida que el alma va adelantando en la fe, la esperanza y la caridad, no bastan los medios ascéticos para perfeccionarla, purificarla y hacerla entrar en esta santa pobreza: se necesita una acción especial de los dones del Espíritu Santo. Serán purificaciones pasivas –la noche de los sentidos, la noche del espíritu, reservada a algunos– vividas de una manera o de otra. Pero todos tienen que entrar de alguna manera por este camino, la Iglesia toda y cada uno en su vocación. Ahora, eso sí: pareciera que cada uno vive este fenómeno espiritual de acuerdo al carisma propio de su vocación. Una es la manera de vivir esta pobreza de aquel que tiene una vida apostólica activa, sobre todo del que tiene cargos de gobierno, y otra es la manera como la vive el contemplativo puro o el monje.

Yo diría, ateniéndome un poco a Pablo, a quien estoy tomando de maestro, que el monje vive esto en silencio, silencio que no es solamente una práctica fonética (tratar de no hacer ruido, no decir palabras), sino que es un silencio de todo el ser. Un escritor conocido por Uds. –Merton– dice que este silencio es compunción y es adoración de todo el ser delante de Dios. Es una actitud de reconocimiento de nuestra relatividad, de nuestra provisionalidad, de nuestra contingencia delante del Absoluto. Y esto de todo el ser, de tal manera que todas las potencias, toda la vida psicológica, incluso física –y eso es el silencio físico o de ausencia de palabras o ruido– vienen a poner un clima apto para que el monje vaya penetrando en esta caligine o cautividad luminosa que lo conduce a esa experiencia vital de la pobreza propia y la riqueza de Cristo en Dios.

El Papa Pablo VI, en un documento que Uds. habrán estudiado, “*Evangelica Testificatio*”, dice estas palabras que cito textualmente: “El hombre interior ve el tiempo de silencio como una exigencia del amor divino, y le es normalmente necesaria una cierta soledad para “sentir” a Dios” –“sentir” aquí se toma expresamente en un sentido sensitivo, presente, eterno; viene a ser esa experiencia, ese “pati”

divino, ese padecer las cosas divinas de que habla santo Tomás–, ese “sentir” a Dios, en el decir de Pablo VI, “que le habla al corazón”. Es necesario subrayar de vez en cuando, que un silencio que fuese simplemente ausencia de ruido o de palabras, en el cual no pudiera templarse el alma, estaría evidentemente privado de todo valor espiritual y podría, por el contrario, servir de perjuicio a la caridad fraterna, si aquel momento fuese un no intentar el contacto con los demás. En cambio la cruz que da la intimidad con Dios, lleva consigo la necesidad verdaderamente vital de un silencio de todo el ser, ya sea para quienes tienen que encontrar a Dios, incluso en medio del estruendo, ya sea para los contemplativos. La fe, la esperanza, un amor a Dios dispuesto a acoger los dones del Espíritu, como también un amor fraterno abierto al misterio de los demás, implican como exigencia propia, una necesidad de silencio. Fijémonos en estas dos dimensiones a que lleva el silencio:

- Una capacidad para escuchar al Espíritu de Dios y
- Una capacidad para abrirse al misterio de Cristo.

Justamente el tema que Uds. estudian: el encuentro con Dios realmente profundo, en el cual Uds. están, y la capacidad de entender o abrirse al misterio de los demás, de los hermanos, lo cual no se hace sin esa virginidad que hemos mencionado.

Ahora bien, mis queridos hermanos: algunas veces da un poco de escozor ver a los monjes distraídos, un poco fuera de este ambiente de silencio, quizás con una bellísima intención: la de adaptarse a las necesidades de la Iglesia y del Pueblo de Dios. Pero yo creo que hay que evitar el confundir las vocaciones. Una es la manera como Uds. llegan a esta presencia vital, esta presencia divina, y otra es cómo llega un hombre casado o un político, o un hombre que está introducido en la secularidad. También él necesita tener un ojo siempre abierto para ver que la secularidad no agota la realidad humana, que el que pasa, pasa. Pero Uds. tienen que vivir esto al rojo vivo. Más todavía, tienen que ser luminarias para el resto de la Iglesia, de tal manera que esa específica realización que se traduce en ese silencio de cosas seculares, lejos de ser un desentenderse de los problemas seculares, es la manera de alimentar al resto del Pueblo de Dios que está cuerpo a cuerpo en el frente de batalla, con las vitaminas necesarias y los anticuerpos necesarios para que sea posible a toda la Iglesia evangelizar tal como Cristo nos enseñó. Y es tan necesario eso como, dentro del organismo humano, esos órganos secretos, profundos, que no actúan al exterior, pero que son vitales, sin los cuales el organismo pierde su tono. Por eso, cuando los Obispos vemos que un hombre del frente de batalla se distrae un poco, digamos así, en cosas accidentales, es más fácil perdonarlo, tener paciencia y decirle: “Bueno, no pasa nada”. Que las uñas se ensucien en el cuerpo, no tiene nada de especial. Pero si Uds. tienen un granito de polvo en el ojo, o tuvieran tierra en el hígado, el médico se asustaría tremendamente... Por eso, si en alguna cosa pudiere que se equivoquen, al ojo que no le entre tierra. Necesitamos que el ojo no tenga tierra, porque si no, no vemos nada, ¿cómo sacarnos la tierra de los pies?.

Por eso yo, humildemente, fraternalmente, les exhorto, mis queridos hermanos, a que sigan en la vocación en la cual Dios los ha puesto. Los *necesitamos*, vitalmente.

No saben Uds. qué consuelo es para mí verlos reunidos en esta santa asamblea, dedicados plenamente a las cosas de Dios. ¡Ojalá todos pudiéramos gozar del superlujo que gozan Uds.!... De un lujo que no es egoísta, sino que es un lujo para servir al Pueblo de Dios; pero con la condición de que ese lujo esté fundado en la santa pobreza evangélica, que experimenta nuestra indigencia para ser colmada con la riqueza de Cristo.

Que la Virgen Santísima, ella que fue la Virgen del silencio, la Virgen del escuchar, la que conservaba todas estas cosas para meditarlas en su corazón, les dé la perseverancia en esta vocación santa que Dios les ha dado, para bien de todo el Pueblo de Dios y en especial de América Latina.